

MERODEOS EN TORNO DE LA TRANSMISIÓN WALKING AROUND THE TRANSMISSION

Silvia Duschatzky¹

¹Investigadora de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) sede Argentina, email: silviadu@fibertel.com.ar

Resumen:

Podemos afirmar que la transmisión es una suerte de "inagotable conversación" mediante la cual lo vivo se bifurca. Lo que gana relevancia no es ni el docente ni el alumno, ni un transmisor ni un receptor sino una relación con el lenguaje que explore lo que el "saber" impide pensar. Lenguaje como actividad pensante, ya no como recurso comunicativo de códigos instituidos.

Palabras clave: transmisión- intransmisible- pensamiento- lenguaje- actividad interrogativa.

Abstract:

We can assure that the transmission is a source of "inexhaustible conversation" through which the alive bifurcated. What it gains relevance is neither the teacher nor the student, nor a transmitter or a receiver but a relationship between the language who explores what the "knowledge" prevents from thinking. Language as a thinking activity, no longer as a communicative tool of instituted codes.

Key words: transmission, intransmissible, thought, language, inquiring activity.

Recepción: 27 de febrero

Aceptación: 5 de marzo

Forma de citar: Duschatzky, S. (2016) "Merodeos en torno de la transmisión" *Voces de la Educación* 1 (2) pp. 23-26.

MERODEOS EN TORNO DE LA TRANSMISIÓN

Proponemos pensar la idea de transmisión. Tal vez porque meternos en los problemas que hacen escuela sea bucear en ciertas *imposibilidades* que insisten.

Freud decía que educar era una de las tareas imposibles. Aun así, la humanidad insiste; ¿insiste en un modo único de institucionalización? ¿No será que lo imposible es la pretendida clausura del modo educativo? Imposibilidad de hacer de la educación un campo de absoluta determinación y control. Imposible que no obstante la historia pretendió conjurar mediante aparatos de normalización.

Podríamos sostener que lo que insiste en la transmisión es la pregunta por las relaciones de intercambio. Si en la transmisión viajara un espíritu, éste sería el de la interlocución; más allá de las distintas formas que las sociedades se hayan dado para construirlo y más allá de que en la lógica escolarizada el carácter dialógico fuera opacado en virtud de imprimir la cualidad del disciplinamiento.

¿Cómo repensar el intercambio? ¿Qué se intercambia? Palabras, lenguajes y escucha. Hay quien ofrece relatos, sentidos, afecciones y hay quien ofrece atención y aprendizaje. La transmisión es asunto de donación.

Digamos por ahora que si hay intercambio hay materia intercambiable que no implica –llanamente- moneda de cambio. Es la propia materialidad del lenguaje lo que va mutando en el flujo de la conversación. Como si se tratara más de probar modos de decir que de efectivamente decir alguna cosa evidente, concluída, acabada.

El gesto de dar puede ser pensado como ofrenda pero también como el acto de “dar lo que no se tiene a alguien que no lo es” (como define Lacan al amor). Lo que no se tiene, porque no sabemos del todo de qué se trata eso que damos. A quien no *es* como imagino, espero o quisiera que sea. El maestro ofrece algo estimable más por su carácter indeterminado y multiplicable que por su pretendido sentido, y el alumno ofrece su corporeidad de emociones y experiencias de lectura (del mundo, de los textos casi sin distinción), tan igualmente inconclusa, tan plena de *información*.

Ambos ofrecen; lecturas del mundo, lenguajes, preguntas. Pensémoslo de este modo; si tal como lo dice Blanchot la transmisión es de lo intrasmisible, lejos está de imaginar que se trata de un asunto comunicativo y mucho menos de roles. ¿El maestro por ser tal tiene algo que transmitir?. Sin duda dispone de material de enseñanza. ¿Pero todo lo que la escuela pretende o efectivamente enseña hace a la transmisión?

Aquello “transmisible” si lo es, será porque el relato nunca es transparente. Hay transmisión impulsada por la necesidad de una interlocución que permita volver a enunciar eso que insiste, eso que encuentra nuevos nombres, eso que traza nuevas huellas de sentido. Entonces la transmisión se conjuga con la conversación; no con un saber prístino que debe ser pasado a las nuevas generaciones. Nunca antes de este juego conversacional sabremos qué se ha transmitido. Porque en verdad no hay un qué, sólo efecto de transmisión.

La transmisión necesita de una poética del lenguaje que nada tienen que ver con el oficio del poeta. Poética del lenguaje cuya fuerza circula en el ritmo de una enunciación más que en el significado.¹ Y sólo así la lengua es experimentación que prueba decir un sentir (nebuloso, sutil, moviente, relacional). Poética, que perfora la sordera del signo como pura significación para meterse en la escucha que articula el cuerpo al lenguaje.

La transmisión lo es sobretodo de las preguntas que navegan en una narración más que de su pretendido sentido. Transmisión de un lenguaje que piensa lo que el binarismo del signo, en su relación significante-significado, no ha podido pensar en esa operación discontinua. En el intento de sancionar significados bloqueamos, cerramos el proceso inacabado de la interrogación.

No habría entonces contenidos a pasar sino el modo en que un lenguaje se hace cuerpo y un cuerpo, lenguaje. “Transmisión” como actividad del pensamiento que hace existencia y existencia vuelta pensamiento. Pensamiento del lenguaje, lenguaje del pensamiento.

Desde esta perspectiva, ni el docente da como mero explicador ni poseedor de un bien, ni el alumno da en respuesta a la expectativa del maestro. Ni el maestro da a un alumno imaginado, ni el alumno da a un docente evaluador. La donación desprendida de autorías echa a andar “palabras”, enunciaciones, que serán des-armadas cada vez que una voz “hable”. Proceso que hará sentido en el lenguaje, y no lenguaje de sentido.

Si bien en algún momento transmitir era pasar una experiencia histórica, un legado considerado central para el porvenir de los jóvenes y la reproducción de un orden social, o bien, para alcanzar nuevos órdenes “mejor” imaginados (todos igualmente universales, todos igualmente totales), lo que podemos extraer es que en la transmisión se anuda un intercambio que hace a un continuo. ¿Qué continúa? Simplemente el intercambio, la necesidad de que *lo vivo persevere en su ser*, en palabras de Spinoza. Dado que nada puede vivir sustraído de su relación.

Ahora bien, si descencializamos la transmisión y ya no la dejamos presa de sus modos históricos de producción en los que la jerarquía seleccionaba los corpus moralizantes de pasaje, nos quedan dos cuestiones a repensar: el intercambio y su relación con el pasado.

Decíamos que el intercambio constituye el núcleo de la transmisión, sólo que en la tradición educativa se trataba de un intercambio desigual. ¿Qué sería un intercambio igualitario?. Lejos estamos de reivindicar un igualitarismo retórico que confunde igualdad con aplanamiento de todas las diferencias. Intercambio igualitario lo es respecto de la supresión de jerarquías que esgrimen la superioridad de valores en función de la “superioridad” de posiciones.

Alumnos y profesores son iguales en tanto sujetos de lenguaje, sujetos de deseo, sujetos de aprendizaje, sujetos vulnerables, sujetos afectables, sujetos pasibles de mutaciones. Digamos *sujeto* no como identidad estable saturada de propiedades acordes a un binarismo de significantes (varón, mujer; padre, madre; trabajador; docente, alumno) sino en tanto cuerpos, sensibilidades, individuaciones -inacabadas- que se constituyen en un universo relacional.

Siendo así, el intercambio equivalente resulta mucho más trabajoso e incierto. No hay un plan a reproducir, no hay tabula rasa del otro lado, ni cuerpo moldeable; hay indicios, señales, fuerzas, modos de percepción, tonos, afectividades, sensibilidades, experiencias que se tornan materia de interrogación y componentes que intervienen en las cualidades que tomarán los intercambios.

¿Habría maestro como figura de transmisión? Preferimos tantear en la siguiente hipótesis: hay “materias” (materialidades- fuerzas) de transmisión sin dueño y habría cualidades de intercambio que se arman a partir de ese entre. Y entonces... ¿de qué se trata ser maestro?. Maestro es aquel que porta una exigencia y activa la exigencia de los otros. ¿Exigencia de voluntad? ¿Exigencia de respuesta a una expectativa? ¿Exigencia sostenida en prerrogativas de poder? Exigencia propia de sostener la pregunta que activaría momentos de pensamiento y expansión de los poderes grupales. Exigencia que sostenida en desafíos vitales contagiará a sus interlocutores. Exigencia que trae consigo la constante tarea de trabajar una pregunta.

Tarea que se amasa en temporalidades que suspenden todo automatismo, tarea que se gesta en la repetición- que no es reproducción- del acto de “leer” (cada vez), de tentar, de relacionar, de estimar consecuencias. Tarea que hace maestro y no maestro que porta valija de tareas reiteradas.

En este punto de los balbuceos necesitamos sugerir que lo que gana relevancia no es ni el docente ni el alumno, ni un transmisor ni un receptor sino una relación con el lenguaje. Decir transmisión, término que comienza a incomodarnos, es plantearnos una relación con el lenguaje que explore lo que el “saber” impide pensar. Lenguaje como actividad pensante, ya no como recurso comunicativo de códigos instituidos

Si a su vez despegamos la transmisión de su relación con el pasado como pasado (en virtud de un legado a conservar) y con el presente como futuro (preparación para alcanzar metas imaginarias), lo que queda por pensar es su vínculo con el *devenir*. La transmisión no suprime el tiempo pero lo piensa y lo vive como invención (creación cuyo sustrato es todo lo vivido y lo imaginado, que no es lo idealizado ni lo imaginario).

El pasado ya no sería ese lenguaje que sustraído de su matriz sensible se vuelve razón explicativa de una historia, sino la actualización de esos sentires que tramaron modos de vida situados siempre en tensión y siempre abiertos a la mutación de nuevos problemas.

Podemos afirmar que la transmisión es una suerte de "inagotable conversación" mediante la cual lo vivo se bifurca. Lo que está vivo puede no ser evidente en su actualidad. Es una fuerza, una intensidad, una pregunta que aún necesita de nuevas efectuaciones. ¿Qué hay de vivo en las luchas populares de los setenta?, ¿o en las vanguardias estéticas de los 60?, ¿o en el rock naciente de esos años?.

Lo vivo no es una forma que pide defenderse, reivindicarse o replicarse. La transmisión relata, cuenta, expone, pero lo que "pasa" por ella son los núcleos vitales de las experiencias vividas que tocan -por su nota inconclusa y su conexión con sentires contemporáneos- sensibilidades presentes... por eso vienen a “hablarnos” o a permitirnos abrir campos de problemas sugestivos.

En esos relatos viven fuerzas susceptibles de diferenciarse. Sólo por eso el presente inventa el pasado y no al revés. Sólo por eso la *transmisión es de lo intransmisible*, al decir de Blanchotⁱⁱ.

La transmisión nos hace contemporáneos, no por identidad generacional, sino por ponernos a "distancia" de lo dominante, en un gesto de interrogación vital.

S.Duschatzky

ⁱ Meschonnic, H. *La poética como crítica del sentido*. Mármol-izquierdo editores, Buenos Aires 2007

ⁱⁱ Blanchot, M. *Conversación infinita*. Arena, Barcelona 2009